



Condiciones técnicas y acción política en redes sociales. Las plataformas y sus algoritmos como delimitadores de la participación

Facundo Benedetto

Question/Cuestión, Nro.69, Vol.3, agosto 2021

ISSN: 1669-6581

URL de la Revista: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/>

IICom -FPyCS –UNLP

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e541>

### **Condiciones técnicas y acción política en redes sociales**

Las plataformas y sus algoritmos como delimitadores de la participación

### **Technical conditions and political action in social networks**

Platforms and their algorithms as participation delimiters

**Facundo Benedetto**

Universidad Nacional de La Matanza

Argentina

[facundo.benedetto@gmail.com](mailto:facundo.benedetto@gmail.com)

<https://orcid.org/0000-0001-9312-1204>

### **Resumen**

En base a la indagación sobre las características de la economía digital, los algoritmos y la relación entre los humanos y la técnica, se hace eje en las condiciones que otorgan las redes

sociales para la discusión política y la manifestación de posiciones ideológicas, además de que se abordan las dificultades existentes. Para ello no se deja de lado la cuestión de la verdad en tanto discurso socialmente compartido y se ahonda en las *fake news*, contenidos generados con una intención performativa que buscan dañar a los oponentes y para los que las redes sociales son un escenario ideal.

**Palabras clave:** algoritmos; redes; política; técnica.

### **Abstract**

Based on the inquiry about the conditions of the digital economy, the algorithms and the relationship between humans and technique, this essay make focus on the conditions that social networks provide for political discussion and the manifestation of ideological positions, in addition to address existing difficulties. The question of truth is not left aside as a socially shared discourse and delves into fake news, content generated with a performative intention which seeks to harm opponents and for which social networks are an ideal stage.

**Keywords:** algorithms; networks; politics; technique.

### **Introducción**

Las redes sociales están muy lejos de ser un universo horizontal donde los usuarios tienen la posibilidad de expresarse en igualdad de condiciones. A contramano de los discursos esperanzadores, en algún momento ligados a pensar las plataformas como artefactos técnicos con la capacidad de contribuir al fortalecimiento democrático en virtud de dar un espacio de opinión para cada ciudadano, el universo creado a medida de una nueva fase del capitalismo (*de plataformas*, como lo definió Nick Srnicek) presenta un escenario que no hace de la democratización y la libertad de expresión su eje.

En los siguientes apartados se reflexionará sobre las posibilidades que brindan las redes sociales para la participación política, previo a lo que se repasarán aportes teóricos al respecto del papel de los algoritmos y la automatización dentro de las plataformas, la necesidad de incorporar saberes técnicos que permitan a los usuarios una mayor comprensión sobre las circunstancias de consumo, producción y difusión de contenidos en redes sociales, los

elementos centrales y constitutivos del capitalismo de plataformas, y la proliferación de extremismos como potenciales dificultades para la discusión política.

### Conocer la técnica

Como señaló Mercedes Bunz (2018), sucede que mientras algo está ocurriendo es difícil advertirlo. Tal expresión se vincula con la aparición y desarrollo de los instrumentos técnicos, que tienen su correlato en las prácticas sociales al incorporarse a la cotidianidad de la vida de las personas. Así como es difícil entender las dinámicas resultantes de la Primera Revolución Industrial sin comprender las características propias de la máquina de vapor, no es posible estudiar el funcionamiento las sociedades actuales sin pensar en los algoritmos y la recolección y análisis de datos como aspectos fundamentales del capitalismo del siglo XXI.

La afirmación de Bunz contiene detrás de sí una pregunta fundamental: lo que está sucediendo y no se registra, ¿puede ser percibido en profundidad sin tener herramientas para comprenderlo técnicamente? Yendo al plano del presente trabajo, cabe preguntarse si lo que ocurre con las redes sociales en el ámbito de la discusión política y que puede ser percibido con el mero uso (como la intensificación de los extremismos o la proliferación de lo *fake*) puede pensarse desde lo superficial (las prácticas) o debe comprenderse desde el propio funcionamiento de las plataformas y la orientación que tomó el capitalismo como sistema productivo tras *la crisis de las punto com* hacia finales del siglo XX (Srnicek, 2018).

Se estipula que para entender los efectos de la algorítmica sobre las prácticas sociales debe pensarse que la técnica es una realidad humana y deviene cultura. Es decir, la manera en que se configura la técnica y con la que el hombre (en tanto sujeto epistémico) mantiene una estrecha relación, configuran y dan sentido a las prácticas sociales. Se trata de entender al hombre como organizador de una sociedad de objetos técnicos dejando de lado cualquier oposición entre cultura y técnica (Simondon, 2008).

La comprensión sobre la vinculación entre la técnica y la cultura implica analizar varias circunstancias, una de las cuales es la materialidad. En estos términos, los datos, por más abstractos que parezcan, necesitan un medio físico para almacenarse y movilizarse, y por eso los data centers emergen como los silos que guardan los granos de esta época (Mendoza,

2017). Sin embargo, como sostuvo Friedrich Kittler (2018), las materialidades de la comunicación configuran un enigma que requiere que se parta de dos ideas: primero, que existe un portador físico para los sentidos; luego, que la materialidad no es información de por sí ni produce comunicación, sino que aquella información contenida en la materialidad necesita ser codificada para generar comunicación. Por eso, el dato, en sí, es materia prima para otro contenido (Srnicek, 2018).

Una comprensión sobre las circunstancias actuales de la información digital requiere que, más allá de la materialidad, se tenga un conocimiento concreto sobre el funcionamiento de los algoritmos como intérpretes de la información contenida en los soportes informáticos. Al respecto, Gilbert Simondon (2008) afirmó que la principal causa de la alienación contemporánea no es causada por las máquinas sino por la falta de conocimiento sobre su naturaleza y su esencia, además de que se las excluye del mundo de la cultura porque se ignoran las significaciones que la propia existencia de las máquinas comporta (1). Así, se les asigna a los objetos técnicos solamente valor en tanto sus posibilidades de uso.

En estas circunstancias la alienación se despega de la posesión de los medios de producción para encontrar una derivación: el conocimiento. Al no ser ya una prolongación y dejar el aspecto económico-social como fundamental, en virtud de la descentración del sujeto con relación a las máquinas, el problema incorpora un sentido psico-fisiológico. Así, colectivizar los medios de producción no alcanzaría para terminar con la alienación porque ésta se da en un aspecto que excede a la propiedad como es el conocimiento sobre los objetos técnicos. Esto ocurre en virtud de la idea de que para incorporar los contenidos técnicos a la cultura es necesario objetivar la relación técnica-hombre (Simondon, 2008).

Es importante destacar que las máquinas no funcionan como una extensión del cuerpo ni como una exteriorización de los humanos, sino que se trata de ensamblajes o acoplamientos que vinculan dos modos de existencia (el de los hombres y el de las máquinas). La capacidad de conexión se mantiene, siguiendo a Simondon (2008), en que las máquinas y los humanos tienen dos memorias diferentes: “La memoria de la máquina triunfa en lo múltiple y en el desorden; la memoria humana triunfa en la unidad de las formas y en el orden” (p. 140). Lo central es que ambos se mantienen separados y se vinculan de manera que pueden conservar su *individualidad* (Lazzarato, 2020).

En el mismo sentido, se reconoce que los objetos técnicos contienen realidad humana, por lo que ignorar la técnica supone omitir también esa realidad humana. Para ello, se sugiere que la cultura debe incorporar a los seres técnicos e introducir la conciencia de la naturaleza de las máquinas, entender sus relaciones y comprender como se vinculan con el hombre (Simondon, 2008).

El hombre, afirmaba Simondon (2008), adquiere la función de coordinador de las máquinas que lo rodean y que operan con él, aunque estas tengan capacidad de autorregulación o estén automatizadas dada la capacidad de los individuos para establecer una relación entre las máquinas y lo viviente. Aquí, los sujetos deben funcionar como técnicos o asociados de herramientas abiertas que se manifiestan en relación con sus componentes, otras máquinas, el mundo y los humanos (Lazzarato, 2020).

Volviendo a los algoritmos, se vuelve central el lugar del hombre dentro de su desarrollo: como señala Bunz (2018), las plataformas son configuradas por programadores con intereses; no son los dispositivos quienes tienen propósitos de manera autónoma. Esta cualidad se advierte en la programación de las estructuras para recabar información, pero también en aquello que es interpretado. Por eso, consignaba Simondon (2008), el individuo humano debe convertir en información las *formas* depositadas en las máquinas porque estas por sí solas no generan información si no existe un ser viviente capaz de interpretar aquello que es recopilado o producido.

En este último punto entra una situación que sobrepasa el análisis que pudo realizar Simondon: los algoritmos que dan sentido a las plataformas y los procesadores físicos de datos logran darse información a sí mismos a partir de su capacidad de aprendizaje automático. Si bien puede considerarse que la relación máquinas y hombres siguen siendo de transducción (porque los datos que se hacen información son incorporados por el algoritmo desde afuera de sí mismo), la capacidad autónoma de las máquinas actuales habría sido impensable a mediados del siglo XX (Simondon, 2008). La novedad está en que los algoritmos pueden encontrar la información con la que nutrirse sin necesidad de que sea el hombre quien la esté incorporando dado que, luego de la programación, tienen capacidad autónoma para hacerlo.

## El capitalismo del siglo XXI

Para comprender la economía mundial actual debe comenzarse por explicar una noción central del sistema productivo: las plataformas. Al respecto, en *Capitalismo de Plataformas*, Nick Srnicek (2018) define:

(...) Las plataformas son infraestructuras digitales que permiten que dos o más grupos interactúen. De esta manera se posicionan como intermediarias que reúnen a diferentes usuarios: clientes, anunciantes, proveedores de servicios, productores, distribuidores e incluso objetos físicos. Casi siempre, estas plataformas también vienen con una serie de herramientas que permiten a los usuarios construir sus propios productos, servicios y espacios de transacciones (p. 45)

Entonces, las plataformas son instancias de vinculación o un soporte que permite la interacción entre distintos sujetos. El elemento central que les da sentido es el dato: el capitalismo actual se centra en su extracción como materia prima a la vez que la economía digital promueve un modelo social y político. En este presente, todo debe configurarse en función de la recopilación de información y la disminución de costos, trátase de ciudades que adoptan configuraciones inteligentes, Estados que deben reducir sus presupuestos y capacidades para dar lugar a los gestores privados o trabajadores que tienen que aceptar la flexibilidad a costa de sus derechos (Srnicek, 2018). El modelo de la actualidad encuentra en lo transitorio, lo veloz y lo etéreo tres valores fundantes.

El éxito de estos sistemas radica en que la acumulación de datos es infinita y en que la programación les da la cualidad de generar un aprendizaje constante. Los sistemas están diseñados de tal manera que son capaces de perfeccionarse con autonomía a lo largo del tiempo por su aptitud para detectar nuevas señales y cambios, además de reducir y absorber

los imprevistos, que son incorporados e interpretados para evitar fallos y aumentar las expectativas de previsibilidad (Mayer-Schönberger & Cukier, 2013; Rouvroy & Berns, 2016).

A partir de esta capacidad de los algoritmos, que pueden reproducir conocimientos, clasificar información o procesar datos, las plataformas erigen su poder para intervenir y modelar las prácticas humanas. Así, el mundo de los humanos se transforma y se crean nuevos significados, al tiempo que se reorganiza el conocimiento y se transforman las maneras de pensar. Todo ocurre en función de la conversión en datos de cualquier aspecto de la vida y en la automatización (junto con la catalogación automática) como método para procesar cantidades de información que, sin intermediación técnica, sería humanamente inabordables (Bunz, 2018).

Desde los mecanismos de catalogación y automatización, afirma Bunz (2018), se reorganiza el saber y el comportamiento humano se ve reconfigurado en base a la dependencia que establecen los seres vivientes con plataformas que confeccionan los índices con los que se percibe el mundo. Es en base al aprendizaje constante de los algoritmos y en los cálculos de probabilidad de búsqueda en función de la generación de perfiles de usuario (que necesitan la recopilación constante de datos) que el orden de lo que se muestra no tiene una forma determinada.

En este esquema, donde el análisis de datos es tan clave como su recolección, convergen tanto la vigilancia como el lucro. El sistema de producción denominado *capitalismo de vigilancia* tiene como parte central de su modelo de negocios la supresión de la privacidad, lo que implica forzar continuamente los límites legal y socialmente aceptados en función de lograr más materia prima para generar información de los usuarios. Es un proceso que se vuelve infinito dado que, para ser competitivas (en función de tener atractivas cantidades de datos para vender servicios publicitarios), las plataformas intensifican constantemente la extracción, el análisis y el control de aquello que recopilan (Srnicek, 2018). Lo curioso es que la obtención de datos prescinde de la conciencia de los seres vivientes sobre lo que se está realizando. Un aspecto central de esta tendencia, orientada más al qué de los fenómenos que al porqué, es la datificación, que refiere a la capacidad de recolectar información como localizaciones, velocidades, cercanías o cuanto suceso exista a través de sensores para luego transformarla en datos (Mayer-Schönberger & Cukier, 2013).

Se procede, como argumentaron Antoinette Rouvroy y Thomas Berns (2016), a la emergencia de una topología superficial a fin de fomentar una *gubernamentalidad algorítmica* donde se pierde el interés en los sujetos para prestar atención únicamente a la relación entre datos y se produce una *memoria del futuro* para anticipar lo que puede ser posible. Es un efecto de la minería de datos, que crea un cuerpo estadístico y fomenta la elaboración algorítmica de perfiles. En la misma línea, Franco Berardi (2019) postula que la anticipación estadística es la manera en que funciona la gobernanza actual, con el agregado de que crea una estructura de conocimiento que forma subjetividades para que todo lo que se perciba se ajuste a ello.

Lo cierto es que la elaboración de perfiles, si bien busca generar previsibilidad sobre los comportamientos de los usuarios, tienen la característica de aprender constantemente de lo imprevisto, lo que posibilita que exista información. Sucede que, en términos de Simondon (2008), la información es nula cuando el estado del objeto informado se conoce de antemano. En su caso, la virtud de los algoritmos está dada porque tienen la capacidad de dejar blancos que el aprendizaje automático completa.

Con la proliferación de estos mecanismos y el crecimiento de la economía digital, ligada a la dominación financiera y el vuelco de la producción mundial hacia lo intangible, se habilitó un proceso de transformación de las relaciones sociales y se abrió la puerta a la automatización del futuro. Así, el poder ganó ubicuidad: no se puede encontrar en lugares particulares, pero está en todas partes, por lo que no existe ente con quien discutir las condiciones de existencia (Berardi, 2019).

Es para esta discusión que se levanta la necesidad de comprender a las máquinas. Se trata, volviendo a Simondon (2008), de que el hombre se desarrolle entre las máquinas para generar un conjunto técnico y así poder descubrir las significaciones que dotan a los acontecimientos del valor de información. Para que la discusión política pueda verse emancipada de los marcos que la programación de la red propone, se vislumbra necesario que los sujetos-usuarios reconozcan las condiciones materiales que hacen al funcionamiento de las redes sociales que usan.

## Plataformas, datos e interacciones

---



Siguiendo con lo que se planteó anteriormente, cabe preguntarse qué características estructuran el funcionamiento de las plataformas y, dentro de ellas, particularmente a las redes sociales. En primer término, no debe perderse de vista que estas herramientas técnicas se dan en el marco de la conversión de la economía hacia lo digital en que coexisten la búsqueda de ganancia junto con la vigilancia y el análisis de los datos se transforma en un elemento central. En este punto, contra las teorías que sostienen que los usuarios trabajan gratuitamente para las plataformas, se sostiene que más bien se cambia el uso de la plataforma por datos que son utilizados como materia prima que luego será analizada y refinada con fines diversos (como la venta de servicios publicitarios) (Srnicek, 2018).

Con esta capacidad de leer y procesar constantemente grandes flujos de datos es que los dispositivos ganan su poder predictivo mientras generan filtros de burbuja que inciden sobre las subjetividades a partir de una oferta predefinida en función de los perfiles. Lo curioso, siguiendo a Berardi (2019), es que existe una retroalimentación en que la máquina es adaptada al entorno viviente y los seres vivos actúan en función de esas máquinas.

Un aspecto clave en la personalización, la generación de perfiles y la imbricación usuario-plataforma es la minería de datos: con el objetivo de captar la realidad independientemente de las particularidades de las personas, los dispositivos despliegan su capacidad de correlación emancipada de cualquier otra norma o convención, lo que normaliza cualquier circunstancia y puede tener el complejo efecto de tolerar y alentar radicalizaciones singularmente peligrosas para el debate público (Rouvroy & Berns, 2016).

Lo cierto es que, como señalan Rouvroy y Berns (2016), la clave está en conservar huellas de las actividades que son abstraídas de sus condiciones de realización para ser reducidas a datos y generar una sensación de objetividad a partir de la traducción de cualquier tipo de interacción en estadísticas. Con esta información, para elaborar perfiles, nada se excluye y se entremezclan los aspectos más relevantes con los más insignificantes. Así, se evita lo imprevisible dejando cualquier aspecto o actividad en el orden de la posibilidad y se previene cualquier tipo de crisis, dado que aquello que no está previsto es incorporado para refinar los perfiles y los modelos de comportamiento. El evitamiento de esos fallos, en términos de Simondon (2015), quita a las plataformas su carácter metaestable; es decir, aquel estado donde existe una disparidad y una ruptura puede ser posible.

En este entorno resulta importante señalar que la interacción de los usuarios se da, paradójicamente, aunque no se interactúe dada la recolección de metadatos (que son datos que describen a otros datos) y la datificación. Esta circunstancia, atento a que la técnica deviene cultura, no deja de tener efectos en el plano de la cognición, lo que comprende la memoria, el aprendizaje y las formas de percibir. Aquí, donde la máquina refleja una relación de fuerzas (en virtud de su programación), el poder se hace biopoder encarnado en la configuración de la vida social, donde los individuos son conscientes de su condición pero no pueden ni manejarla ni cambiarla porque las normas que rigen las interacciones ya no tienen que ver con voluntades éticas y políticas, sino con las reglas de los dispositivos (Berardi, 2019)

En el plano de la cognición todo esto se manifiesta en la modificación del ambiente comunicativo por la aceleración de estímulos y cambios en las formas de socialización. En un entorno marcado por el lenguaje visual, las generaciones se dividen en función de su ambiente de formación tecnológico y, con ello, según su sistema cognitivo y su mundo imaginario (Berardi, 2007). Concretamente, Berardi (2007) señala: “Los modos de funcionamiento de la mente humana se remodelan, ahora, según dispositivos técnico-cognitivos de tipo reticulares, celulares y conectivos” (p. 78). Por eso, entender la conciencia social de las distintas generaciones requiere pensar en el entorno tecnológico en que crecieron para entender que forma toma su conciencia social, además de tener en cuenta que el pensamiento mítico tiende a predominar sobre el lógico-racional.

### **Condiciones para la política**

La emergencia de plataformas gobernadas por algoritmos que manifiestan la intención de sus programadores derriba cualquier confianza que pudiera haber existido sobre los valores aperturistas de la tecnología. Como sostiene Maurizio Lazzarato (2020), el papel que se creía que podía tener la misma para crear condiciones de mayor libertad, democracia e independencia de los sujetos cae al ver los resultados, que reproducen relaciones desiguales de poder.

Una complicación es el cambio en las formas de percepción de la realidad propia de la *generación postalfabética*. En la actualidad, donde la mente colectiva parece perder el criterio

crítico, el diálogo y la democracia caen en consistencia, se convierten en mitos y se ejercen a manera de rito, pero sin ser el espacio donde se elaboren libremente los discursos comunes (que son producidos mediáticamente) (Berardi, 2007).

Ante esto, no puede dejarse de lado la condición histórica que determinó la dinámica política desde la década de 1980. Se trata de la emergencia de un estado de fragmentación que, coincidentemente con la dilución de las formas históricas precedentes y la seguridad en cuanto a las creencias, genera maneras de cohesión social y construye un modelo ahistórico que permite que se rompa el orden temporal mientras se evita hablar de progreso y se deja de lado la memoria histórica (Harvey, 1998). Así, se cancela lo perdurable y se da primacía a lo transitorio mientras los lazos sociales se fracturan y se levanta al individuo como unidad de reproducción de la sociedad (Beck, 1998; Jameson, 2002).

En el mismo sentido, se registra un desequilibrio entre los principios de realidad y placer, y la puesta del disfrute del individuo por encima de los hechos sociales, mientras el contenido pasa a segundo plano y el acto de comunicar se impone sobre la naturaleza de lo comunicado (Bauman, 2007). Donde el emisor se convierte en consumidor, la proliferación de signos borra la distinción entre lo real y lo imaginario (Featherstone, 2000), mientras se crean figuras que sobresalen del resto como si fueran tótems y el otro, como alteridad, se encuentra desarticulado y transformado en un elemento de la propia autoconfirmación (Bauman, 2007).

Sobre esta pérdida de reflexión colectiva se explayó Berardi (2007) cuando señaló que la generación nacida a finales de la década de 1970 es la que empezó a manifestar signos de *impermeabilidad* hacia los valores políticos que habían sido esenciales anteriormente. No se trata de un rechazo a la política sino una incompatibilidad cognitiva para entenderla y practicarla como hasta entonces. En este contexto, son los sectores más conservadores los que lograron leer con mayor eficiencia las características de la comunicación mediatizada.

Lo cierto es que a la desmovilización y la pérdida de juicio crítico se le agregan sectores que detentaban su poder de manera estable y que entraron en una actitud defensiva. Eso se ve corroborado en la aparición de fuerzas antiglobalización, coaliciones que se reconocen fascistas y la postulación de la globalización como chivo expiatorio (Berardi, 2019). Dadas las condiciones materiales para la discusión y la difusión de información en redes sociales, se crea un escenario ideal para la proliferación y el crecimiento de opciones extremistas y

antidemocráticas. Al respecto, Lazzarato (2020) explica que, derrotadas las utopías que veían en las máquinas cibernéticas la posibilidad de que se genera una subjetividad poshumana y la liberación de la dominación capitalista, emerge un nuevo fascismo en forma de ciberfascismo.

Todo esto, dentro del paradigma y el modo conectivo que se hace praxis, invade la autopercepción de los individuos. La singularidad es borrada y limada, de manera que se hace ajustable a las máquinas y los automatismos tecnolingüísticos (Berardi, 2019). Lo curioso aquí está dado por la concentración de poder para programar los mecanismos de producción de subjetividades: son cinco grandes empresas (Google, Amazon, Facebook, Apple y Microsoft, las GAFAM) las que lo hacen (Lazzarato, 2020).

### **Activación, filtros y participación**

La participación en redes sociales comporta condiciones técnicas, generadas en función de la configuración de las plataformas y la programación de los algoritmos, que dan forma a la manera en que los usuarios mantienen interacciones y consumen información, además de circunstancias generales que hacen a la generación de contenidos. Hay una tendencia curiosa: tres cuartas partes de todo el universo digital es una copia. Que solamente un cuarto de todo lo que está contenido en la red sea original da idea de que la conducta más común está asociada a la repetición (Siri, 2011).

Con esta situación como marco, vale preguntarse cuáles son las posibilidades de participación política, qué condiciones la delimitan y en qué lugar quedan las prácticas y los consensos políticos, fundamentalmente aquellos que hacen eje en la democracia, la igualdad, la libertad de opinión y la apertura hacia la participación.

Lo cierto es que una problemática relevante tiene que ver con las *fake news* en términos de construcción de realidades. Hablar de esto supone postular alguna idea de verdad, entendiendo que lo que es *fake* es aquello que es inventado o que no tiene una referencia concreta fuera del entorno en que el contenido fue creado. Concretamente, se puede considerar que es verdadero aquello que se hace discurso social. Es decir, se transforma en verdadero aquello que se corresponde con las formas de significar propias de una sociedad y que manifiesta las condiciones de la hegemonía (Angenot, 2010).

La hegemonía, que implica reconocer las relaciones de poder de una sociedad, busca producir lo social como discurso para establecer un orden de lo decible generando legitimidad y consenso (Angenot, 2010). La configuración se da, en términos foucaltianos, a la manera de un dispositivo en que se orientan las relaciones de fuerza de una determinada manera, que se inscribe en juegos de poder, donde encuentra límites y condiciones, y que siempre implica un proceso de subjetivación en que se produce un sujeto como resultado de las relaciones de poder (Agambem, 2014). Se trata de entender a la verdad como la realidad, siendo la realidad el discurso social que se materializa en las formas del lenguaje, lugar donde se manifiestan las relaciones de poder y se plasma la hegemonía discursiva.

Concibiendo que la verdad resulta, en parte, de convenciones, es que las *fake news* políticas no son solamente la transmisión de información sino un acto performativo que tiene el objetivo de dañar a los adversarios. No existe en tal acción la defensa de una posición sino la búsqueda de generar una situación que lastime al oponente y que, incluso, lo obligue a pronunciarse sobre eso (Calvo & Aruguete, 2020). Lo que surge en torno a lo *fake* es cuestionar su alcance o efectividad. Probablemente este resulte un punto central de cualquier análisis que busque conocer qué características tienen los procesos políticos actuales, entendiendo a la tecnología como una de sus columnas estructurantes.

Es importante señalar que cada usuario vive en una región de la red, donde está conectado con un número limitado de individuos y expuesto a información que coincide con quienes tienen un pensamiento similar. Estas burbujas tienen líderes, que son aquellos usuarios con más seguidores y más capacidad de difusión, que pueden distribuir mensajes que serán replicados en otros lados (como las *timelines* de otros usuarios, redes de mensajería telefónica o, incluso, en medios de comunicación tradicionales). La consecuencia principal de la existencia de esta estructura jerárquica y la relación con quienes tienen pensamientos similares es que el encuadre (o marco de significación) de los mensajes de los líderes de la red están sobrerrepresentados y generan una activación en cascada que configura los contenidos visibles en función de esos encuadres (Calvo & Aruguete, 2020).

En la misma línea, aseguran Ernesto Calvo y Natalia Aruguete (2020), se registra que en diferentes regiones de las redes se conforman encuadres mediáticos diferenciados, por lo que se descentraliza la manera en que se definen y entienden los eventos políticos dado que la

jerarquización de temas es diferente en función de las percepciones de los miembros de cada segmento. Esto sucede por los procesos de personalización ya definidos por filtros personalizados que se generan luego de un aprendizaje en base a las costumbres digitales de cada usuario y que ofrecen una mayor capacidad para aislarse dentro de perspectivas homogéneas. Paradójicamente, el resultado son agendas mediáticas heterogéneas, aunque ello no supone el traslado de la función de seleccionadores de información, sino que los reemplaza por otros diferentes. Sucede, siguiendo a Rouvroy y Berns (2016), que la individualización que se promueve para alcanzar a los usuarios con contenidos que le interesen se asemeja a una hipersegmentación y a una hiperplasticidad de las ofertas, con características propias de las técnicas de mercado.

El concepto clave que explica la creencia en cualquier información es la *preactivación* y su vinculación con la idea de *razonamiento motivado*. El primero consiste en la preparación en el usuario de sus creencias para que sea sensible a aceptar determinados argumentos y se genera a partir de la incorporación de narrativas que circulan por sus comunidades digitales. Se trata de generar en los individuos digitales preconceptos que luego, fomentando un *razonamiento motivado* (dado que se cuenta con creencias previa), van a llevar a que los conceptos aceptados sean aquellos que confirman la posición previa y los rechazados aquellos que contradigan lo que el usuario ya sostiene (Calvo & Aruguete, 2020). Así, al seleccionar los contenidos con los que hay acuerdo y compartirlos, se genera un relato a partir de fragmentos que, en conjunto, reflejan un hilo narrativo coherente.

La noción de *razonamiento motivado* obliga a retomar la cuestión de los *trolls*. Sabiendo que cuanto más lejos se está de la evidencia más se depende de las creencias colectivas, surge la dificultad en torno a quiénes otorgan los marcos de interpretación a esas creencias colectivas. Cuando los *trolls* ocupan ese lugar existe la posibilidad de que, buscando un cambio o mantenimiento de los comportamientos políticos, pueda existir manipulación sobre la información (Calvo & Aruguete, 2020). Con estas condiciones, el escenario es ideal para la proliferación de *fake news*.

Basta ver ejemplos para entender cómo funciona lo *fake*: en septiembre de 2020, las redes sociales fueron escenario de la búsqueda por instalar que algunas de las empresas más grandes de Argentina estaban cerrando sus sedes, lo que dejaría a sus empleados sin trabajo.

Un día las apuntadas fueron Coca Cola y Fratelli Branca. Todo comenzó con mensajes e imágenes con texto que se viralizaron en Twitter y Facebook por medio de líderes de opinión (usuarios *humanos* o *trolls*) críticos hacia el gobierno nacional. El rumor se transformó en una de las principales tendencias de discusión digital y llegó a los principales medios de comunicación tradicionales que debatieron sobre las condiciones económicas para la instalación de empresas en el país. Horas después, las nombradas empresas publicaron comunicados desmintiendo lo viralizado.

El suceso refirma el carácter performativo de las *fake news*. En ningún momento se planteó una discusión en torno a las condiciones de productividad ni de la economía, sino que se buscó generar una sensación de crisis que perjudicara a los adversarios políticos de quienes comenzaron con la campaña virtual. Además, las desmentidas (que, como suele suceder, tuvieron menor repercusión que la noticia falsa) no fueron relevantes dado que, cuando llegaron, se había hablado durante toda la jornada de algo que no iba a suceder pero que se intentaba instalar en el discurso social.

Lo particular de este tipo de sucesos es la existencia del fenómeno denominado *astroturfing*, que refiere a una actividad coordinada con la intención de crear una impresión a partir de una campaña falsa para operar políticamente (Calvo & Aruguete, 2020). Es una práctica común cuando se intenta generar la sensación de que hay un movimiento popular generalizado que aparece espontáneamente en favor o en contra de algún hecho o personaje pero que es controlado desde alguna organización de pocos usuarios. Lógicamente, al requerir la movilización mayores recursos y capital político, las redes sociales son utilizadas para amplificar una posición y sugerir apoyos que suelen estar sobredimensionados.

A menos que los usuarios busquen saltar las barreras que plantean las burbujas de filtro y la personalización, es poco probable que alguien que no comparte lo que la *fake news* sugiere se entere de lo que allí se dice. Por eso, resulta importante comprender la hipersegmentación que plantean Rouvroy y Berns (2016) y el carácter eminentemente económico que resalta Srnicek (2018) del capitalismo de plataformas, dado que se registra que el que logra imponerse en la subjetividad digital es aquel que cuenta con los recursos suficientes para promover más acciones digitales (entre las que se encuentra la desinformación). Más allá de poder percibir cómo estos contenidos llegan a los medios de comunicación tradicionales, es interesante

preguntarse qué efectos tienen sobre aquellos usuarios menos activos políticamente pero que, indirectamente y a través de otros medios (como pueden ser los tradicionales o los sistemas de mensajería), reciben contenidos generados en redes sociales.

Se resalta que, como sugieren Rouvroy y Berns (2016), la existencia de nichos en los que cualquier posición parece contar con apoyo configura un escenario ideal para el surgimiento de posiciones extremistas que, más que sustentarlo, degradan cualquier debate público con el objetivo de dañar oponentes (e incluso la misma democracia), además de que conducen a otras opciones a radicalizarse para responder en los mismos términos. El surgimiento del *ciberfascismo* o de la representación de minorías tradicionalmente privilegiadas que se ven amenazadas (Berardi, 2019), encuentra en las redes sociales un escenario ideal para desarrollarse.

No es que no existieran anteriormente opciones extremistas, violentas o antidemocráticas, sino que las redes sociales le otorgaron a quienes propagan estas ideas algo que anteriormente no tenían: un espacio para encontrarse y hacer públicas sus ideas sin demasiadas restricciones. Para estos sectores, la búsqueda de generar pensamientos preactivados y marcos de interpretación predefinidos se vuelve central. En un momento en que el mundo es atravesado por una crisis económica que alcanza a prácticamente todos los países y en que los sectores más poderosos parecen estar a la defensiva, la búsqueda de chivos expiatorios y la propuesta de un consenso conservador se postulan como vía de escape para los sectores afectados y temerosos. La lógica económica que sostiene a las plataformas es la que, en última instancia, va a guiar los contenidos. En este punto, quienes detentan poder económico pueden ser quienes también hacen del extremismo una manera de intervenir en la pelea por las subjetividades.

Lo que resulta relevante es que, como la técnica deviene cultura, las maneras de actuar políticamente dentro de las redes sociales encuentran correlatos fuera de ellas. Esto se comprueba, en la práctica, en la manera en que se abordan las discusiones en medios tradicionales, pero también en como la discusión pública se desenvuelve. A su vez, en lo que respecta a las temáticas, pueden vislumbrarse los efectos de la performatividad que pretenden quienes difunden información falsa intencionadamente a partir de una relación de



retroalimentación con medios periodísticos y, por efecto de ello, en los temas que componen las agendas públicas.

Todo esto está cruzado por el fenómeno de la personalización: al conocer el algoritmo que mensajes dirigir a cada usuario, la posibilidad de que aquello que se acerque a cada usuario sea disonante con sus opiniones, para las que tienen pensamientos preactivados y marcos para ubicar la nueva información, se torna prácticamente nula. Las características propias de los contenidos generados en redes sociales, cuyas dinámicas de producción dan cuenta de técnicas propias de la mediatización, son encuadrables dentro de las lecturas que Berardi (2007) asigna a la generación videoelectrónica, lo que implica que los mensajes políticos son estructurados según las dinámicas, rutinas y condiciones propias de los medios de comunicación (entendiendo a las redes sociales dentro de ellos) (Strömbäck, 2008).

Esta manera de presentar la información no deja de lado las relaciones de poder: la manera de leer no está exenta de dinámicas de dominación, por lo que no puede dejar de considerarse que la marginación de la reflexión crítica como método y componente de la discusión política se mueve paralelamente con la proliferación de mensajes superficiales, prefabricados y quirúrgicamente dirigidos que hacen del mensaje efectista y el estímulo visual su punto fuerte. Son estas reglas de los dispositivos, como las llama Berardi (2019), las que estructuran la discusión y las maneras de la lectura.

Lo concreto es que, mientras la *máquina global de mercado* se transforma en el único espacio posible de interacción (Berardi, 2019) y sostiene a las plataformas como la fuente del recurso esencial de la economía del siglo XXI, el ensimismamiento entre el hombre y la máquina alcanza niveles superlativos. Las máquinas incorporaron funciones cognitivas de los humanos, que conservan la capacidad de programarlas (aun existiendo el aprendizaje automático). El desafío, retomando la necesidad de conocer la técnica y reconocerla como una expresión de la cultura, es generar condiciones de entendimiento que permitan sortear las dificultades que las plataformas imponen a la autonomía de los usuarios e intentar que las máquinas incorporen intereses de la sociedad más allá de los de sus programadores.

## Conclusiones

---

Las plataformas son un componente central en la construcción de subjetividades y, en el capitalismo del Siglo XXI, se erigen como el elemento central y el intermediario para conseguir la materia prima de la economía digital: el dato. En este punto, la dinámica interna de las plataformas supone darle a cada usuario aquello que, estiman los algoritmos, quiere conseguir. Así, la personalización a partir de perfiles se hace un elemento indispensable.

Cuando se postula la formación de perfiles de usuarios se enfatiza en una circunstancia: con la privacidad dejada de lado como un valor a cuidar, las plataformas ofrecen a cada usuario lo que este quiere consumir, y entre esto se destaca la información política. Los nichos y las burbujas de filtro son la dinámica de socialización de esta época, donde la discusión se da prácticamente siempre entre propios. Saltear las barreras que las plataformas ponen para evitar mensajes desagradables es un trabajo que los usuarios deben realizar con plena conciencia.

La duda que surge es si las propias dinámicas internas de las redes generan un marco de discusión que se separa de aquellas que están por fuera. Sin embargo, la manera en que se relaciona la información mediática con la que se registra en redes sociales da cuenta de un fenómeno concreto: es en las redes que se crean contenidos y se buscan formar tendencias en función de establecer la subjetividad sobre sucesos determinados, a fin de orientar las discusiones, marcar una agenda que pueda trascender la red (sea porque sus usuarios lo comentan con otras personas o porque lo comparten por algún servicio de mensajería) y, habitualmente, ser parte de la agenda de los medios de comunicación tradicionales y, en consecuencia, de la ciudadanía en general.

En un entorno de disputa donde se registra la búsqueda de generar marcos de interpretación a través de la preactivación, la activación de temas a partir de impulsos de líderes de opinión digitales y la proliferación de *fake news* con el único objetivo de generar un daño, la pregunta es qué margen de maniobra queda para quienes pretenden hacer de la plataforma un espacio de discusión política donde se puedan registrar márgenes de autonomía.

En un escenario donde en todo el mundo se reconoce el surgimiento y la consolidación de extremismos, es loable plantear las diferentes maneras de lograr que las redes sociales no sean un espacio de difusión y encuentro de discursos antidemocráticos, violentos o segregacionistas que, hasta hace una década, parecían socialmente desterrados. Este

interrogante reviste importancia entendiendo que la técnica deviene en cultura, por lo que las dinámicas propias de las redes sociales (elementos centrales de la economía digital) inciden en la formulación de las maneras de discutir política. Son, quizás, la búsqueda de una comprensión sobre las redes sociales, la discusión sobre el papel de los algoritmos, el reclamo sobre el respeto a la privacidad y la pluralidad, y la limitación de los propios usuarios al accionar de las plataformas acciones necesarias para repensar el sistema económico del siglo XXI.

### Notas

(1) La contemporaneidad a la que refiere Gilbert Simondon es la de Francia en 1958, donde la cibernética ya ocupaba un lugar para el análisis de las sociedades. Pese a que hayan pasado seis décadas desde la aparición El modo de existencia de los objetos técnicos, los conceptos aun revisten relevancia.

### Bibliografía

- Agambem, G. (2014). *Qué es un dispositivo*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Angenot, M. (2010). *El discurso social*. Buenos Aires: Siglo XXI Editoriales.
- Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo*. Barcelona: Paidós.
- Berardi, F. (2007). *Generación post-alfa. Patologías e imaginarios en el semicapitalismo*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Berardi, F. (2019). *Futurabilidad. La era de la impotencia y el horizonte de la posibilidad*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Bunz, M. (2018). *La revolución silenciosa. Cómo los algoritmos transforman el conocimiento, el trabajo, la opinión pública y la política sin hacer mucho ruido*. Buenos Aires: Cruce Editora.

- Calvo, E., & Aruguete, N. (2020). *Fake news, trolls y otros encantos*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Featherstone, M. (2000). *Cultura de consumo y posmodernismo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Kittler, F. (2018). *La verdad del mundo técnico*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lazzarato, M. (2020). "Máquina técnica y máquina de guerra". En *El capital odia a todo el mundo. Fascismo y revolución*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Lipovetsky, G. (1986). *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama.
- Mayer-Schönberger, V., & Cukier, K. (2013). *Big data: la revolución de los datos masivos*. Madrid: Turner Publicaciones.
- Mendoza, J. J. (2017). *Internet, el último continente. Mapas, e-Topías, cuerpos*. Buenos Aires: La Crujía.
- Rouvroy, A., & Berns, T. (2016). Gubernamentalidad algorítmica y perspectivas de emancipación. ¿La disparidad como condición de individuación a través de la relación? *Adenda filosófica*(1).
- Simondon, G. (2008). *El modo de existencia de los objetos técnicos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Simondon, G. (2015). *La individuación a la luz de de las nociones de forma y de información*. Buenos Aires: Cactus.
- Siri, L. (2011). Entre la explosión informativa y la sombra digital. En L. Siri, & G. Vázquez Villanueva, *Casos concretos. Comunicación, información y cultura en el siglo XXI* (págs. 103-124). Buenos Aires: La Crujía.
- Srnicek, N. (2018). *Capitalismo de plataformas*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Caja Negra.
- Strömbäck, J. (2008). Four Phases of Mediatization: An Analysis of the Mediatization of Politics. *The Journal of Press/Politics*. doi:10.1177/1940161208319097